

cado; así es que siempre que amenazaba tempestad, corría á ocultarse en un escondite practicado en el fondo de su alcoba.

—Llama á Larose,—dijo á su sobrino con voz entrecortada.

XXVIII.

Larose comía en la cocina y Emiliano le llamó al comedor.

—Amigo mio,—le dijo el juez,—engancha al instante.

—Está bien, mi amo,—respondió el carretero.

Después de esta lacónica respuesta, se volvió á la cocina y continuó comiendo tranquilamente.

Tras un cuarto de hora de espera, el juez levantó precipitadamente el sifio, encontrando á Larose tranquilamente sentado ante una tajada de lubina.

—Engancha, hombre,—le dijo;—¿no ves que vá á estallar la tempestad?

—Un momento, mi amo. Necesito reforzar el estómago, porque el cielo nos amenaza con un diluvio.

Larose había comprendido á la primera ojeada las ventajas de la situación.

—¡Ah, viejo ladrón!—pensó;—¡ahora me las pagas!

Bebió el último vaso de vino, dejó la servilleta y dijo:

—Seguidme; ahora soy capaz de desafiar al infierno.

Sacó lentamente sus caballos de la cuadra y los puso los arneses con una ridícula exajeración de formalismo. Alargaba los tiros, los acertaba, inclinaba la cabeza á un lado y á otro, como un artista que contempla su obra, siendo tal su calma que el juez, á pesar de su gota, pateaba de impaciencia.

—¡Vamos, hombre!—gritó.

Larose echó una mirada á Emiliano Sabran, y comprendiendo en la expresión irónica del joven que podía contar con su neutralidad, continuó pasando el tiempo.

—Señor Larose,—dijo el juez.

—Yo no soy señor; soy Larose á secas, ciudadano francés.

—Pues Larose, vas á conducirnos á Chaillevette.

—Sí señor.

—En menos de media hora.

—Eso es imposible.

—En vez de cinco francos, como te dí antes

por el viaje, te daré el doble por la vuelta, y la propina.

Larose se acercó á Brindamour y lo desenganchó.

—¿Qué haces?..... —gritó consternado el juez.

—Ya lo veis, volver los caballos á la cuadra.

—¿Por qué?

—¿Y creéis que por diez miserables francos voy á exponerme á que mis caballos cojan una fluxion de pecho?

—¿Pues cuánto quieres, infame?

—¡Diablo! Eso vale algo más; porque tambien el tiempo..... escuchad, escuchad.....

En efecto, oíase cada vez más fuerte el tableteo del trueno.

—Pues bien, te daré un luis: á caballo. Te concedo media hora para ganarlo.

—Bueno; pero no me habeis comprendido, mi amo.

—¿Qué quieres aún?

—Que me pagueis adelantado.

El juez entregó á Larose cuatro monedas de á cinco francos, y en seguida subió al coche. Isabel y Emiliano le siguieron, y Gargani se colocó en la trasera.

—¡Ah! ¡Me olvidaba de lo principal!—dijo Larose.—Mis caballos no andan como no les

hable la lengua á que están acostumbrados.....

—Háblales como quieras.

—Entonces debéis devolverme la retencion que me hicisteis esta mañana.

—¿Cuánto importaba esa retencion?

—Diez francos.

—Cinco francos,—replicó el juez.

—Pongamos seis, con los intereses.

—Tómalos. Ahora, á galope.

Y dió los seis francos á Larose.

—Aún queda una dificultad,—dijo éste.

—¿Cuál?

—Las noches están frescas; estoy bastante ronco, y seria conveniente que alguno me ayudase de vez en cuando á llevar la palabra.

—Sin duda quieres que el cielo estalle sobre nosotros,—repuso el juez, cuyo espanto crecia por momentos;—pues bien, sea; pero tuya será la responsabilidad de las blasfemias.

Larose montó á caballo y dijo:

—Empezad, mi amo; os corresponde el primer turno.

—Empieza tú, sobrino,—dijo el juez.

Emiliano, á quien divertia la broma del carretero, quiso prolongarla, y dijo:

—Empieza tú, prima.

Pero Isabel, que se habia metido en un rincon del coche, no se dignó contestarle.

—¡Adelante, *corpo di Baccho!*—exclamó Emiliano.

—Eso no es francés,—replicó Larose.

—Sí, francés de la Opera italiana.

—Entonces van noventa y tres; ahora llevo yo la cuenta.

Y el carretero hizo crugir su látigo.

La carroza empezó á rechinar, y se puso en movimiento con una rapidez relativa.

El capitán Samuel la siguió un momento con la mirada, y luego dijo al escribano:

—Si tuviera á ese señorito á bordo de mi goleta, antes que llegase la noche le habia hecho mudar de carácter.

XXIX.

El coche llegó al castillo de Chaillevette cuando un violento trueno anunciaba el estallido de la tempestad y el juez saltó de su movible prisión con la ligereza de un jóven, pues la emocion parecia haberle curado su parálisis: Isabel cogió una luz para conducir á su primo al cuarto que ella misma le habia preparado, y al separarse de él quiso darle las buenas noches; pero la faltó la voz y sus palabras espiraron en un sollozo.

—¿Estás triste, prima?—dijo Emiliano.

Isabel le dirigió una lánguida mirada, y salió en seguida para ocultar su emocion.

Emiliano lió un cigarrillo al mismo tiempo que inspeccionaba la alcoba, encontrando sobre la mesa una palangana y un jarro con agua, los más suntuosos de la casa, un paño perfumado y un volúmen encuadernado del *Journal des Demoiselles*.

Emiliano arrancó una hoja para encender su cigarro, y luego se quedó dormido con el descuido de la juventud, agravado por una noche de diligencia.

Por la mañana, al abrir los ojos, creyó oír en el corredor el ruido de un ligero paso; reconoció fácilmente á su prima, y saltando del lecho, se puso una elegante bata para recibirla en todo su esplendor. Luego sacó de su tocador de viaje una verdadera farmacia de pasta de almendra, agua de Portugal, pomada, cepillos y otros chismes; pero en el momento en que procedia á la interesante ceremonia de su atavío, llamaron discretamente á la puerta, y entró Isabel con una taza de leche y sobre ella un bizcocho del país en forma de media luna.

La jóven se llevó la taza á los labios para probar la leche, y presentándola luego á su primo con candorosa coquetería, dijo:

—¿Te acuerdas de la víspera de tu partida?

—Ciertamente, era lunes,—respondió Emiliano.

—No, era martes. Hacia buen tiempo; fuimos á pasearnos hácia la granja de Courlay, y la mujer del guarda nos ofreció una jarra de leche cuajada; pero la pobre Ramberta no tenia más que una cuchara, y fué preciso que comiéramos por turno, una vez tú y otra vez yo. Al dia siguiente marchaste á París; pero cuando te dí el último abrazo, me digiste: «Para siempre,» y yo te apreté la mano y respondí: «Para siempre.»

—¿Y á qué viene ese exámen de conciencia? Creo que he cumplido mi promesa.

—Al principio sí, porque apenas llegaste á París me escribiste una carta tan cariñosa, que salté al cuello de mi padre, como si hubiera recibido una segunda existencia.

—Es que hablaba mi corazón.

—Sí; pero un mes más tarde guardó silencio.....

—¿Qué quieres! El trabajo.....

—El trabajo de la Bohemia, ¿no es verdad, malvado, hipócrita?

—Te envié una composición poética.....

—En la que te burlabas de mí, comparándome á una estrella.

—Y me reñiste.....

—Y tú me hiciste burla.....

—Lo confieso.

—Pues olvidémoslo todo.

—Además, siempre que escribía á mi tío, concluía la carta con una *post-data* para tí; pero prefiero haber pecado para tener el derecho de darte un beso y pedirte perdon.

La jóven retrocedió un paso y levantando altivamente la cabeza, repuso:

—No señor.

—Somos hermano y hermana,—replicó Emiliano.

—Y tal vez algo más, con tu permiso; pero este es un secreto, y no te lo diré hasta que lo hayas merecido.

—¿Y qué tengo que hacer para merecerlo?

—Penitencia.

—¿De qué manera?

—Obedeciéndome.

—Habla, pues.

—En primer lugar, irás mañana mismo á disculparte con el pobre M. Broutet, cuya casa entregaste ayer al pillaje.

—¿Y qué necesidad hay de tales disculpas?

—Sí, porque Margarita se casa con el capitán Membrard.

—¡Pobre niña! ¿Y qué te importa que caiga en manos de un viejo?

—Deseo que los dos asistamos á la boda.

—¿Por qué razón?

—Porque es anuncio de felicidad.

—¿Lo crees así? Pues bien, iré á ver al escribano y le diré: Sr. Broutet, os tengo por el primer músico y el primer floricultor de la creación. ¿Eso es todo? ¿Voy, al fin, á obtener misericordia?

—También has ofendido á otra persona, y si esa persona pudiera guardarte rencor, te haría poner ahora mismo de rodillas.

—Aceptaría con gusto tan encantador castigo; pero protestaría contra la acusación.

—Registra bien tu conciencia.

—Mi conciencia me dice que mi vida está dedicada á adorar á esa persona, ya que quieres nombrarla así.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Lo juras?

—Como en el momento de mi partida.

—En ese caso, hé aquí el secreto: el otro día, hablando mi padre de tu llegada, me dijo: ¿Sabes que tus bienes y los de mi sobrino formarían el dominio más fuerte del país?

—¿Dijo tus bienes?

—Sí por cierto.

—¿Y qué le contestaste?

—Eché á llorar.

—¿De pena?

—Merecías que dijera sí; pero no sé mentir: lloré de felicidad.

—¿Y luego?

—¿Dios mío! ¡Todo te se vuelve preguntar!..... Concluye tú la historia como quieras.

Y la jóven, cruzando los brazos sobre el pecho, añadió:

—Mírame bien: no me has dicho ninguna galantería.

—Me parece que esa actitud imperial te sienta perfectamente.

—No es eso, primo; mira bien.

Y pasando las manos por las mangas de su traje con cierta expresión de coquetería, dijo:

—Ahora voy de moda.

En efecto, Isabel había velado una parte de la noche para arreglar según el último figurín las mangas con tanta crueldad tratadas el día anterior.

—¿Ya estoy vengada!—añadió;—adios; voy á preparar el almuerzo.

Pero viendo sobre la mesa de noche de su primo la petaca adornada con una corona de conde, dijo con cierta desconfianza:

—¿Qué es eso?

—Un regalo de un compañero.

—Enhorabuena,—repuso la jóven.

Y salió.

—Esa muchacha,—pensó Emiliano viéndola alejarse,—tiene una carita bastante agradable, y cuando el trato de gentes la haya desasnado un poco, podrá hacer honor á su marido. Decididamente mi tío ha tenido una excelente idea: un dote como el suyo debe quedar en la familia.

Y se dedicó por completo á su atavío; pero habiéndolo empezado pensando en su prima, lo terminó pensando en Margarita.

XXX.

—Hay que ir á pedir perdon al escribano,—dijo poniéndose la corbata.

Aquel mismo dia se dirigió á Royan, y creyendo encontrar al buen hombre, como él le llamaba, entristecido todavia por el desastre de la víspera, le encontró, por el contrario, radiante de felicidad, vestido con su traje de ceremonia y ocupado en afinar el violon, en tanto que Margarita, ataviada con su traje de novia, arreglaba un plato de cerezas en el fondo de un cestillo.

—Llegais á tiempo,—dijo el escribano al jóven;—vais á venir con nosotros á la punta del Medoc. Ya sabeis que el capitan se casa con mi hija el

mes próximo; hoy se firma el contrato, y como el novio conoce al notario de Soulac desde la niñez, desea que su amigo haga la escritura de esponsales. Así, pues, os requiero de oficio para firmar el contrato como testigo y tomar parte en nuestra fiesta de familia.

—Es mucho honor..... y mucha felicidad para mí,—repuso Emiliano inclinándose y dirigiendo una mirada á Margarita.

Pero la jóven, en vez de responder á aquel cumplido, inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Partamos,—dijo vivamente el escribano;—se acerca la hora de la marea.

El buen hombre cargó con su violon, Emiliano ofreció el brazo á Margarita, y el cortejo ganó la playa por un camino de travesía para evitar las miradas de la poblacion.

El capitan Samuel esperaba á su prometida en el teatro de sus glorias, es decir, á bordo de la goleta. Habia desenterrado, para celebrar aquel dia, un viejo pedrero sepultado en la sentina desde la caída del imperio, y cuando Margarita puso el pié en la cubierta, la recibió galantemente con un cañonazo. Al ver detrás de ella á Emiliano no pudo ménos de fruncir el entrecejo; pero debia dar en su buque ejemplo de cortesia, y le tendió cordialmente la mano.

La goleta aparejó en seguida, y se puso en mar-

cha, viento en popa, hacía la punta del Medoc.

El que por vez primera atraviesa la embocadura del Gironda debe sufrir una ligera prueba al llegar á un paraje llamado el Salto, donde el mar está siempre alborotado; y cuando el balanceo de la goleta indicó que habia llegado á los remolinos, Calvé dijo pérfidamente á Emiliano:

—¿Habeis pasado alguna vez la ria?

—Nunca,—respondió sencillamente el jóven;

—¿por qué lo preguntais?

—Vais á saberlo.

Y Calvé llenó un cubo de agua del mar y lo puso sobre cubierta.

—De rodillas,—dijo al jóven:—vais á recibir el bautismo.

—¿Como cuando se pasa la línea?

—Precisamente: sin embargo, podeis elegir padrino.

—¿Y madrina?

—Tambien.

—Pues bien, elijo á la señorita Margarita.

La jóven interrogó á su padre con la mirada.

—Es preciso obedecer á la ley,—dijo el escribano.

Emiliano dobló la rodilla; Margarita se aproximó al catecúmeno con un aire indiferente que parecia prometer indulgencia, pero que en reali-

dad ocultaba una perfidia; mojó la mano en el cubo, y con maliciosa coquetería regó copiosamente el rostro del estudiante.

Una seña del escribano indicó á éste que tenia derecho á la revancha; pero el jóven saludó sencillamente á Margarita, como un bailarín de buen tono saluda á su pareja.

Un momento despues la goleta abordaba á la punta del Medoc.

A fines del siglo XVII aún se veia sobre aquella costa la antigua villa de Soulae, que hoy duerme bajo la arena, como Pompeya bajo las cenizas del Vesubio. Solo el campanario de la iglesia, sumergido en sus tres cuartas partes, domina aquel océano de arena cuyas ondas eran en otro tiempo juguetes del viento. En el dia, las semillas han detenido la emigracion de las capas arenosas, y los pinos crecen por todas partes, entre las claraboyas y los contrafuertes de la iglesia: solo la fachada y el abside se han librado del naufragio; pero ocultan su desolacion bajo un velo de retamas y clemátidas. Allí, delante de la portada y sobre una piedra caída del muro, habia establecido el notario su despacho al aire libre para levantar el acta de matrimonio.

—¿Qué dote,—preguntó,—aporta la futura?

—Toda mi fortuna,—respondió el capitán Samuel.

—Para que la donacion sea válida, es preciso consignar una cifra.

El capitan dijo la cifra de modo que solo el notario le oyera.

—¿Y si vuestra mujer llega á morir?

—Entonces ya no tendré necesidad de nada,—respondió tranquilamente el capitan.

Cuando los concurrentes al acto hubieron firmado y rubricado en todos sentidos la última página del contrato, Calvé tendió un mantel sobre el musgo y sirvió una comida de marino: sopa de pescado, y pescado durante toda la comida. A los postres, el capitan destapó una botella del misterioso vino de Constanza y llenó el vaso de cada convidado. Despues miró el suyo en silencio, lo llenó lentamente, y levantándolo con gravedad, dijo:

—Habia hecho un juramento, y lo he mantenido todo el tiempo que debia durar la expiacion; ahora he conjurado el destino, y bebo á la salud de mi prometida.

Apenas acababa de dirigir este brindis á Margarita, cuando salió del bosque próximo un viejo vestido con una blusa roja y el sombrero inclinado sobre el rostro: llevaba bajo el brazo un haz de leña verde, y caminaba á lo largo de un sendero con la cabeza baja como un filósofo.

—Hé ahí al gran Santiago,—dijo el escribano.

—Camarada,—le gritó Calvé,—aquí hay un vaso para tí.

El viejo hechicero lanzó una ojeada de través al marino y contestó:

—Yo no bebo con gentes dichosas: gentes felices, gentes desgraciadas.

Y continuó su camino murmurando un anatema.

Margarita se estremeció involuntariamente al oír la predicción del viejo.

—Dejemos á ese profeta de desgracias,—dijo Calvé;—para conjurar el maleficio voy á cantar una copla.

Y entonó la cancion del *Conde Ory*, acompañándola el escribano con su violon.

Aquella burlesca balada resonó en los oídos de Margarita como una impiedad. ¿Qué puede ser el matrimonio, pensaba tristemente, empezando con semejante poesía? Su marido, que repetía la cancion, perdía en aquel momento para ella una parte de su dignidad.

Terminado el *Conde Ory*, el marino iba á empezar otra cancion, cuando Margarita le detuvo.

—Cada uno por su turno,—dijo;—ahora toca á mi vecino.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa de súplica.

—Es justo,—respondió Calvé;—el señor viene

de París y sabrá alguna cosa nueva: le cedo la palabra.

—Con mucho gusto,—repuso Emiliano.

Y como tenia una notable voz de tenor y habia comprendido la súplica muda de la jóven, empezó una romanza de Schubert. El escribano intentó acompañarla; pero desistió de ello al segundo compás.

—¡Bella música!—dijo al terminar la romanza; —¡música sábia! ¡pero ni el diablo podría aprenderla!

Margarita, por el contrario, debia sentir una profunda emocion oyendo aquella patética melodía, cuyo misterio parece haber robado Schubert á la fibra más íntima del sentimiento. Emiliano, con su larga cabellera rubia, tenia en aquel momento toda la belleza y toda la expresion del verdadero artista, y parecia abrir á la jóven un mundo desconocido de elegancia y de poesía. Margarita, pues, en tanto que él cantaba, estaba en cierto modo pendiente de sus lábios, y en el fondo de su alma comparaba al que iba á ser dueño de sus destinos con aquel brillante discípulo de la civilizacion; pero pronto desechó aquella comparacion, rechazándola como un mal pensamiento.

No obstante, felicitó al cantor con la efusion del primer entusiasmo.

—Quisiera aprender una romanza,—dijo.

—Iré á llevárosla,—contestó Emiliano.

La jóven se ruborizó sin saber por qué; acababa, sin duda, de cometer una imprudencia.

XXXI.

Empezaba á caer el dia; hundíase el sol tras la torre de Cardouan, reflejando sus dorados rayos en las intranquilas olas; la marea creciente daba con su voz solemne la señal de la partida, y el capitán volvió con los convidados á bordo de la goleta.

Margarita se refugió en la proa, é inclinada sobre la borda, lleno el corazon de tristeza, miraba las olas que se estrellaban sobre los costados del buque, produciendo leves quejidos, como si diesen á la jóven su fúnebre adios.

—¡Así han pasado mis años!—murmuró la jóven.

Y sintió correr por sus mejillas dos lágrimas más amargas que las aguas del mar.

Al volver la cabeza distinguió á Emiliano, inmóvil al pié del palo de trinquete, con la frente bañada por la claridad de la luna, y lanzó un gri-

to de espanto, como si el joven hubiera sorprendido el secreto de sus pensamientos.

—¿Qué hacíais ahí?—le preguntó con voz trémula.

Emiliano, en efecto, había sospechado la tristeza de Margarita, é indicando con una mano el cielo, brillante como una bóveda de cristal, respondió:

—Contemplaba mi alma en ese espejo.

—¿Y en qué pensábais?

—Haceis una pregunta peligrosa.

—¿En qué pensábais?—repitió la joven ruborizándose.

—En el infinito.

—¿Y qué es eso?

—Es el nombre de Dios en el idioma de la filosofía.

—¿Creeis, pues, en Dios?... Sin embargo, dicen que la filosofía le ha suprimido.

—Creo en Dios,—respondió Emiliano;—no creo más que en Dios: el mundo pasa; Dios solo queda: está en todas partes, en vos, en mí, en esa gota de agua, en la yerba que crece sobre la costa; está, en fin, en todo y por todo.

Y extendió los brazos con ademán apasionado, como si quisiera abrazar la inmensidad.

—Si quereis conocerle, héle allí,—añadió.

—Entonces orais algunas veces.

—Si por orar entendeis contemplarle en su creacion, frente á frente, y tratar de comprenderle, sí; oro algunas veces, y en este mismo instante estoy orando.

—¿Cómo podeis comprenderle?—dijo tristemente la joven.

—Por medio del pensamiento: levantad la cabeza, ved ese gran libro del firmamento, y en todas sus letras teneis la explicacion de la divinidad mejor que en ningun sermón teológico. ¿Acaso todos esos planetas, más numerosos que los números, tan innumerables que en la vía láctea parecen confundirse, á pesar de los abismos de la distancia, en un lago de resplandores; acaso todas esas hijas del éter, todas amantes, todas atraídas por el sol, todas arrastradas en un mar de armonía; acaso esas palabras vivientes del infinito no nos muestran á un Dios y la ley del ser en Dios, la ley de la atraccion, igual para la estrella que para la flor, igual para el alma que para la estrella?... En cuanto á mí, lo confieso, cada vez que levanto mis ojos al cielo, siento llenarse mi alma de un religioso sentimiento de ternura.

Margarita escuchaba entusiasmada al poeta: era la primera vez que oía hablar de aquel modo.

—Cada uno de nosotros,—repuso Emiliano,—sueña con una Beatriz; si alguna vez he de encontrar la mia será en una noche semejante, y la

poética claridad de la luna alumbrará la declaración de mi amor.

—¡Una Beatriz!—murmuró Margarita, como si tratase de adivinar un enigma.

—Sí, la mujer ideal del poeta; y entonces, indicándola esa estrella que veis en lo alto, la diré: De hoy más, llevará tu nombre.

Margarita apenas oyó esta última explosión de lirismo: más inquieta á cada momento por el estado de su alma, se separó bruscamente del jóven, fué á reunirse en la popa con el capitán, y apoyando su frente en un hombro de su prometido, dijo despues de un momento de reflexion:

—Tengo necesidad de amaros.

—Y yo necesito bendeciros,—respondió el marino.

Luego quedaron silenciosos.

—¡Enhorabuena!—gritó Calvé aproximándose sin hacer ruido;—¡hé ahí una buena pareja!

Y viendo la palidez de Margarita, añadió:

—¡Qué teneis, señorita? Parece que estais triste, pero, ¡bah! todo es el primer momento. Despues dareis gracias á Dios por haberos regalado un marido como ese, con el corazon en la mano, y la mano abierta para todo el mundo.

—Calla, Calvé,—dijo el capitán.

—¡Callarme, cuando hablo de vos! ¡Aunque me pusierais á la boca de un cañon no callaria! Ma-

ñana marchais á Burdeos.... ¡perdonadme si descubro el secreto! y estoy seguro de que vais á comprar una joyería.

—¿Partís mañana?—preguntó Margarita.

—Es preciso montar casa,—respondió el capitán,—y queria sorprenderos.

—Pero tambien, señorita,—repuso Calvé,—será necesario que seais muy arreglada, porque el capitán quiere verlo todo en órden. Con esto, os prometo un paraiso en el matrimonio, y desde ahora retengo mi parte, ¿entendeis? Quiero ser padrino del primer chico, que ha de ser marino como su padre.... y tal vez algun dia le veamos almirante.

Aquella salida de Calvé dejó helada á Margarita. Un momento antes erraba de estrella en estrella, por el cielo de la poesía, y aquel hombre, que parecia complacerse en recordarle el carácter severo de su prometido, la hacia descender á la tierra, á la prosa, á la realidad del matrimonio. La jóven experimentó un secreto terror, y asiendo de pronto una mano del capitán, dijo:

—No partais.

—¿Dudais de mí?—respondió el capitán.

—Tengo fijas aquí,—repuso la jóven llevándose la mano al corazon,—las palabras del hechicero: gentes felices, gentes desgraciadas.

—Pues bien, arrojaremos una sortija al mar

para conjurar al destino: todo se reduce á comprar una más.

En tanto Emiliano, desde el otro extremo del buque, miraba á Margarita inclinada sobre el hombro de su prometido, y sentia clavarse en su corazon la espina de los celos.

XXXII.

—¡Ya no hay juventud!—decia un viejo viendo al escribiente de un notario que llevaba á la iglesia el libro de misa de la mujer de su principal.

Emiliano Sabran parecia justificar estas palabras; y no era que afectase la devocion ejemplar y el continente beato del estudiante positivo de nuestra época, que entra en la sociedad de San Vicente de Paul con el único objeto de jugar á la lotería y ganar el dote de una heredera, pues cada siglo reviste una forma particular de especulacion y la impone á la juventud como una consigna: hoy la piedad, mañana la incredulidad.

Huérfano desde la cuna, duramente tratado por un tio avaro, arrojado más tarde en un seminario como en una prision, y abandonado luego en medio de París, con una rica organizacion y una imaginacion poderosa, Emiliano Sabran experi-

mentó desde el primer instante la necesidad de tomar una compensacion de su primera existencia, constreñida bajo la librea del seminarista.

Acababa de realizarse la revolucion de Julio. Toda revolucion en el órden político produce otra en el órden moral, y el aire agitado de las calles hace experimentar una brusca sacudida al pensamiento: la escuela romántica regeneraba entonces la literatura; la escuela socialista pretendia renovar la sociedad.

Emiliano Sabran adoptó primero con entusiasmo la teología sansimoniana, y todos los domingos iba á adorar al dios pan á la sala Taitbout; pero cuando el dios cerró su tienda, entró en la guardia jóven del romanticismo, y debutó con un volumen titulado *La Mariposa*, obra dedicada á la emancipacion de la mujer, que conmovió el corazon de una condesa reducida, por razones de edad, á proteger el talento naciente. Esta belleza invitó al poeta á comer y despues á cenar: Emiliano tenia el primer puesto en su mesa, y cuando ella salia de paseo, la acompañaba llevando su perrito.

Pero bajo su semblante de apóstol y su cabellera de sáuce lloron, ocultaba Emiliano un egoismo profundo y un perfecto escepticismo. La naturaleza soñadora y misteriosa de Margarita le pareció un problema poético que la vanidad ó la curiosidad de su espíritu podian resolver, y desde

el primer momento intentó la prueba con una espantosa tranquilidad de conciencia.

El capitán Samuel partió al día siguiente para Burdeos, como había anunciado, á fin de comprar la canastilla de la novia, y la misma tarde de su partida Emiliano se puso bajo el brazo un papel de música y fué á llamar á la puerta del escribano.

Encontró á Margarita ocupada en bordar su velo de boda, bajo la sombra de un toldo de madereselva, y la dijo:

—Señorita, os traigo la romanza de Schubert; pero como podría ofender la susceptibilidad musical de vuestro padre, iremos á cantarla al fondo del jardín.

Pero en el fondo del jardín encontró abierta una puerta que daba al sendero de la fuente de Chervé, y cantando una estrofa tras otra, inflamándose en el fuego de la inspiración, sacó á la jóven al campo y la llevó insensiblemente hasta el paseo de tamariscos.

Emiliano, sin embargo, se detenía de tiempo en tiempo y miraba con cierta impaciencia hácia la punta de Valiere. El cielo estaba nublado, y aunque la luna debía haber salido un momento antes, parecía que retardaba su aparición con cierta misteriosa coquetería, lo que causaba al jóven no poca contrariedad.

De pronto vió que su sombra se dibujaba sobre

la arena de la alameda. Entonces asió el brazo de Margarita, y haciéndola mirar hácia Levante, la preguntó:

—¿Os acordais de lo que os dije ayer en la goleta?

—Lo he olvidado,—respondió friamente Margarita.

—Os dije que si algun día encontraba mi Beatriz, la luz de esa lámpara alumbraría la confesion de mi amor.

—¿Y bien?—dijo la jóven desprendiendo su brazo del de Emiliano.

—¡Y bien! ¡La lámpara brilla en el cielo!

La jóven se llevó la mano á los ojos como para velar su mirada.

—¿Qué nombre debo dar á esa estrella que luce allá en lo alto?—preguntó el poeta.

Margarita tendió la mano hácia el mar y dijo con tristeza:

—Aquel á quien debo amar ha partido por ahí, y por ahí volverá.

Y saludando al jóven, tomó lentamente el camino de su casa. Emiliano quiso seguirla; pero le detuvo con un ademan lleno de dignidad.

—Adios, caballero,—dijo,—adios para siempre.

Emiliano, fascinado por el ascendiente de la virtud, quedó inmóvil al pié de un árbol; pero muy pronto se sublevó su orgullo y dijo:

—Alcanzaré la victoria ó moriré en la demanda.

El doloroso acento de la jóven le habia revelado la lucha que su alma sostenia entre una aspiracion y una promesa.

Margarita subió á su cuarto y abrió la ventana para respirar la paz de la atmósfera; pero la naturaleza entera parecia conspirar contra la jóven, pues la campiña, reposando en silencio bajo las miradas de las estrellas, y embalsamando el ambiente con los perfumes de las flores silvestres, inspiraba insensiblemente una invencible inclinacion á la voluptuosidad. Margarita, arrastrada por aquella misteriosa influencia, cedió á la seduccion de la invencible sirena y volvió la mirada hácia el paseo de tamariscos.

En aquel momento resonó en la calle una voz vibrante que entonaba la romanza de Schubert.

Primero creyó soñar; pero no tardó en distinguir una sombra que se destacaba sobre la pared del convento cercano. Margarita cerró precipitadamente la ventana, y luego, por un sentimiento de curiosidad invencible, entreabrió las cortinillas, sin sospechar que el trovador debia percibir su movimiento.

Y en efecto, no se le habia escapado. Pasaba y repasaba bajo la ventana con una afectacion visible, y Margarita, siempre pegada á los cristales como por el encanto de otro Mefistófeles, le mira-

ba ir y venir. Al fin tomó el camino de Chaillette, y un cuarto de hora despues aún buscaba Margarita el fantasma en medio de las tinieblas; pero la calle estaba sumergida en el mayor silencio y solo un gusano de luz brillaba al pié de la muralla.

Margarita se apartó de la ventana y se metió en el lecho con una ligera contrariedad y tal vez con un secreto remordimiento de conciencia.

XXXIII.

A la mañana siguiente Margarita sentia una gran debilidad y permaneció todo el dia en su cuarto.

—¡Quisiera morir!—pensaba.

Todas las noches tenia costumbre de ir á llenar su palangana á la fuente; pero aquel dia fué más tarde que de ordinario, y despues que estuvo llena, permaneció mirando al cielo como si su pensamiento buscase en él un lugar de refugio.

En medio de su meditacion creyó oír un pequeño rumor detrás de la fuente, y mirando hácia aquel lado, vió distintamente la forma de un hombre inmóvil como un centinela.